

tran los pueblos y naciones al través de los luminosos resplandores que esparce el Evangelio, la solución se presenta tan sencilla como segura y eficaz. Jesús interviene en la vida evangélica de las naciones y se presenta como obligado á acoger bajo su misericordiosa providencia á todo un pueblo que le ha seguido hasta el desierto sólo por escuchar su divina palabra, y porque así ha cumplido con el precepto de buscar, antes que toda otra cosa, el reino de Dios.

Manda desde luégo á los Apóstoles que pongan orden en la multitud, porque las obras de Dios se cumplen ordenadamente y dentro de la justicia; que les distribuyan formando grupos de cincuenta y de ciento, y que les manden sentarse sobre la verde hierba, en desprecio de la codicia, que es la pasión que más envilece la dignidad del hombre. Después de que se acabó de organizar aquel inmenso gentío y cada grupo de individuos estaba colocado en su lugar, y todos puestos bajo la obediencia y dirección de un solo pastor y único jefe, hizo Jesús que le presentasen y acercasen las escasas provisiones que allí se habían encontrado, y echó sobre ellas su divina y eficaz bendición. Le fueron presentadas esas provisiones, porque le pertenecían como dueño y creador de todos los bienes y señor de todas las criaturas; las bendijo levantando los ojos al cielo, porque se debe pedir á Dios y esperar de Él toda bendición y todo aumento; las repartió por medio de sus Apóstoles, porque tenía derecho exclusivo de ordenarlo y disponerlo de esa manera; fueron

Felizmente, en nuestros días son ya muy sabidas estas sublimes verdades de la revelación hasta por los niños de nuestras escuelas católicas, mientras que en el principio del cristianismo, y cuando por primera vez el Divino Maestro enseñó á los Apóstoles los misterios de su pasión y muerte, estaban en el entendimiento de éstos con alguna confusión, hasta que el Espíritu Santo vino á iluminar al mundo y á poner en claro toda verdad y todo lo que concierne al reino de Dios y á su Iglesia santa é inmaculada; y al dejar el esclarecimiento de tan altas é importantes verdades reservado al Espíritu Santo, que es Espíritu de luz y de amor, se propuso Jesucristo advertir que la enseñanza exterior, aunque sea buena y saludable en sí misma, sin embargo, en tanto aprovecha y penetra en la reforma del corazón y de las costumbres en cuanto que á ella se junta la gracia interior, que es la luz del Espíritu Santo, y así puede Jesús con razón y fundamento anunciar muchas verdades á sus discípulos, aún cuando de momento no se las explicase ni ellos las comprendiesen, puesto que había de venir después el Paráclito Espíritu á enseñarles todo lo que habían oído de los labios del Redentor.

EL NIÑO LIBRADO DEL DEMONIO, EL DIDRACMA,
EL PRECEPTO DEL PERDÓN

Cuando Jesús bajaba de la montaña corría hacia Él una inmensa multitud, y dice el Evangelista San Marcos que ante su

augusta presencia se llenaron todos de asombro y de temor, porque sin duda llevaba todavía en su exterior algún luminoso vestigio de la gloria y hermosura del Tabor.

Uno de los que había presentes se arrojó á sus piés, rogándole que librase á su hijo, que estaba poseído y atormentado por un demonio que los Apóstoles no habían podido arrojar del cuerpo del paciente, y, por disposición de Jesús, fué éste conducido á su presencia. Era el enfermo un joven de pocos años, y desde su infancia le inquietaba el demonio en tal manera y con crueldad tanta, que algunas veces le había arrojado al fuego y al agua para hacerle perecer. En los momentos de estar á la vista de Jesús se revolcaba y arrojaba espuma por la boca, y su padre, lleno de aflicción, continuaba suplicando al Salvador que tuviera piedad y compasión de él y de su hijo.

Jesús contestó á esta petición, hecha con alguna imperfección por razón de la fe de que estaba animada: «*Si vosotros podéis creer, sabed que todo es posible al que cree.*» Y el padre, arrasados sus ojos en lágrimas, respondió: «*¡Yo creo, Señor; ayudadme en mi incredulidad!*» Entonces Jesús mandó al demonio que saliese del cuerpo del hijo y que no volviese jamás á entrar en él; y obedeciendo, el espíritu inmundo salió dando grandes gritos, quedándose el enfermo echado sobre la tierra y sin movimiento, efecto de la violenta sacudida y de los sufrimientos que le había causado el demonio; y su postración era tal, que muchos de los que allí había creyeron que estaba

muerto. Mas Jesús, siempre compasivo y misericordioso, le cogió de la mano, le ayudó á levantarse, y desde ese momento quedó enteramente sano.

Por la exposición que hacen los tratadistas de hermenéutica sagrada y por los detalles á que descienden los Evangelistas al referir semejante suceso, se ve que en él se propuso Jesucristo, como ya lo había hecho otras veces, el recomendar y encarecer la necesidad de la fe para salvarse y el aumentarla en el corazón de los fieles. La respuesta que dió al afligido padre está acomodada á la pregunta, toda llena de duda, que éste le hizo; y por esta causa, en vez de curar al momento á su hijo, como lo hizo con el leproso que había pedido su salud con un corazón todo lleno de fe y de esperanza, le obligó á describir detalladamente la enfermedad tan terrible, que ni los mismos Apóstoles habían podido curar, permitiendo así que el paciente fuese atormentado delante de Él. Por otra parte, el mal es gravísimo, y representa un alma entregada enteramente al pecado y para cuya curación es necesaria nada ménos que la omnipotencia de todo un Dios, si bien bajo ese concepto no había dificultad alguna para la curación, porque Dios estaba allí, y Él está siempre dispuesto, en su misericordia, á socorrer á quien le invoca.

De la edad del poseso, que se sintió atormentado desde su infancia, saca San Agustín una prueba del pecado original contra el pelagiano Juliano, el cual sostenía que todos los hombres vienen á este mundo sin mancha alguna de pecado y entera-

mente inocentes, como vino Adán cuando Dios le crió. ¿Cómo pudo este poseso verse atormentado desde su edad infantil, si no había en él reato alguno de pecado original? ¿Qué pecado pudo haber cometido, por otra parte, en edad tan tierna que le fuera propio? A su vez, también el venerable Beda hace notar que Jesús hizo la curación tocando por la mano al poseso, que el demonio había dejado como muerto, para enseñar que por este verdadero y real contacto quedaba refutada la loca teoría de Manes, que negaba que el Salvador hubiese tomado la misma carne que nosotros tenemos; y así por lo que queda expuesto, como por todo lo demás que enseña el Evangelio, son y serán siempre refutadas y condenadas todas las herejías y errores contra nuestra religión.

Mientras tanto los Apóstoles no dejaron de preguntar al Señor por qué causa este demonio se había resistido á su poder, y Jesús les respondió que era por causa de su poca fe, á lo que contestaron rogándole que se la aumentase. Entonces Jesús dijo estas palabras: *«Si vuestra fe fuera igual á un grano de mostaza, y vosotros dijerais á este árbol: arráncate y trasládete al mar, él os obedecería. Si, en verdad os digo que si vuestra fe igualase solamente á un grano de mostaza, y vosotros mandaseis á esta montaña: retírate allá, ella se pasaría, y nada os sería imposible.»* Mas para darles todavía una instrucción más clara y especial sobre lo que acababa de suceder, añadió que esa suerte de demonios que se les había resistido no

La gloria del Hombre-Dios no debía manifestarse hasta después de su pasión y muerte, y por esa razón mandó Jesús á los discípulos del Tabor que no revelasen á nadie lo que habían visto hasta que resucitase el Hijo del Hombre de entre los muertos. Ellos así lo cumplieron; pero como no se les había prohibido el hablar entre sí mismos de semejante suceso, se preguntaron qué querría significar esta expresión: *«Hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos.»* Pues ese misterio, que al presente para nosotros es claro y evidente, no lo era entonces para ellos, los cuales, como no tenían una idea de la segunda venida del Hijo de Dios al mundo, creían que la muerte de su Maestro sería el término de todo lo que Él debía hacer y cumplir en este mundo, y se admiraban de que Elías, que debía preceder al Mesías, no hubiese todavía aparecido sobre la tierra, porque recordaban que Jesús les había dicho que Elías vendría á restablecer las cosas, y que el Hijo del Hombre sería perseguido y tratado con desprecio. Mas el Hijo de Dios les hablaba de su segunda venida, y por eso añadió: *«Pero yo os digo que Elías ha venido ya, que no le han conocido y que le han hecho sufrir todo lo que han querido, y de esa misma manera tratarán al Hijo del Hombre.»* Ellos entendieron que Elías, de quien en esas palabras se hace mención, era Juan Bautista, cuya violenta muerte profetizaba más y más claramente la pasión del Mesías.

Jesucristo anunció tan claramente su fin cuando bajaba las

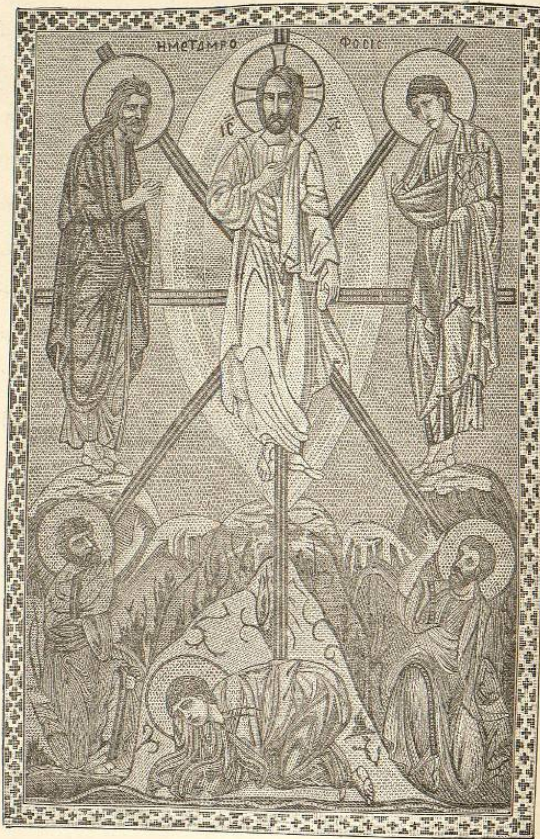


Lámina 62. — La Transfiguración de Nuestro Señor. A los lados de Jesús están resplandecientes Moisés y Elías, al pie de la cruz se hallan Pedro, Santiago y Juan. — Trabajo en poliedros de mármol, del principio del siglo XIII, y se halla en el Museo del Louvre, en París.

escabrosidades del Tabor, y por su discurso, los discípulos, llenos de sombra alternada con claridad, recibían una instrucción que comprenderían perfectamente más tarde. Ya conocían á Jesucristo todo entero, con sus ignominias, con su gloria, con los atributos de la divinidad y con las humillaciones de la humanidad, y bien pronto reconocerían también el Cristo de los Profetas, el Dios fuerte y á la vez el último de los hombres, sentado en lo más alto de los cielos y clavado sobre un madero. ¡Contrastes formidables, todavía incomprensibles, y todos encerrados y comprendidos en el solo nombre de Jesús, que quiere decir *Salvador!*

Siendo Jesús el Salvador, no podía salvar á los hombres de las funestas consecuencias del pecado sino satisfaciendo por ellos á la divina justicia ultrajada y tomando sobre sí el rigor del castigo que merecía el pecador, y para eso era preciso sufrir y humillarse; pero debía ser Dios, y no podía hacer obra tan grandiosa y de mérito infinito más que siendo Dios, Dios-Hombre, porque si no hubiese sido el Salvador más que Dios, no hubiese podido estar sujeto á los sufrimientos y á la muerte, y, por lo tanto, no hubiera sacrificio ni redención; y si hubiera sido solamente hombre, entonces sería impotente para aplacar la justicia infinita, y sus sufrimientos ineficaces y estériles para la obra sobrenatural de la reconciliación, porque no existiría proporción alguna entre el sufrimiento de una pura criatura y los derechos del Criador ofendido, ni podría creerse ni probarse que un sa-

crificio, tan distante en su mérito de la deuda contraída por la culpa, hubiera sido aceptado y verdaderamente satisfactorio ante la majestad de Dios.

Finalmente, cualquiera que pueda ser el mérito del hombre justo, ¿qué derecho le da á semejante satisfacción? El género humano creado por Dios no es nada delante de Dios; y con respecto á los demás seres, no es tan insignificante ni vale tan poco que pueda decirse que una simple criatura pueda rescatarle todo entero, para siempre y contando desde el primer hombre que existió y pecó hasta el último que vivirá y pecará. Hay quien se atreve á decir que Dios carecía de derecho para transigir en un litigio seguido entre Él y el hombre; pero en ese caso hay que suponer que, ó su desdén é indiferencia le permitían contentarse con la sangre de los machos cabríos y la oblación de los frutos de la tierra, ó que su justicia debía exigir la sangre de un Dios; ó, hablando en otros términos: habría que decir, ó que la ofensa inferida á Dios no tiene el carácter de infinita, y, por lo tanto, el mérito de cualquier sacrificio humano, ó de muchos sacrificios juntos, podía repararla, ó que la ofensa es infinita, y en ese caso sólo un sacrificio de mérito infinito, y, por tanto, ofrecido por el Hombre-Dios, podía pagarla. Decir lo primero es absurdo y contrario al Evangelio; hay, por lo tanto, que admitir la necesidad de un Salvador que sea Dios y hombre para llevar á cabo la obra de la redención del género humano.

quien te ha revelado lo que has dicho, sino mi Padre, que está en el cielo.»

La cualidad de hijo de Jonás, atribuída por Jesús al Apóstol, reviste aquí, por razón de las circunstancias, una importancia muy singular, porque hijo de Jonás quiere decir *hijo de la paloma*, pues no se habla aquí de Jonás, padre de Simón-Pedro según la carne y la sangre, sino de la gracia que recibió Pedro, por la cual el Espíritu de verdad, la Paloma santísima que apareció sobre las aguas del Jordán, engendró é inspiró en él la palabra divina de verdad.

Jesús añadió todavía: «*Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que tú atares sobre la tierra será también atado en el cielo, y todo lo que tú desatares sobre la tierra será también desatado en el cielo.»*

Después de haber hecho esa declaración y esa promesa de tanta trascendencia y de importancia suma, en orden al plan divino, prohibió terminantemente á los Apóstoles decir, á quien quiera que fuese, que Él era el Cristo; y seguidamente, sin darles siquiera tiempo de formarse una ligera idea de la gloria que les esperaba, rasgando el velo del porvenir, les manifestó el Calvario. Comenzó por de pronto á revelarles que Él debía ir á Jerusalén, sufrir allí el tormento de su pasión, ser condenado por los ancianos del pueblo, por los príncipes de los sacerdotes

y por los escribas, ser crucificado y morir en la cruz, y, últimamente, resucitar después de tres días. Y aunque les habló de esa manera tan clara, Pedro no pudo comprender lo que dijo, y por eso exclamó: «*¡No, Señor, eso no agrada á Dios! ¡No, eso no sucederá así!*» Mas Jesús, mirando á los discípulos, dijo á Pedro en forma de amenaza: «*Retrate, Satanás, porque me has escandalizado, y no gustas de las cosas de Dios.*» Y al oír esas palabras, llenas de severidad, Pedro, que conocía que Jesús veía el amor de su corazón, ni replicó ni se justificó, y, á imitación suya, los otros discípulos guardaron también silencio.

En seguida Jesús hizo que la multitud de personas que allí había se acercasen á Él, y pronunció estas inauditas palabras, que sobrepasan y superan á todo lo que de las cosas divinas y sobrenaturales pueden decirnos y enseñarnos los sabios del mundo: «*Si alguno quiere venir en pos de mí, dijo, renúnciese á sí mismo, lleve para siempre su cruz y sígame, porque aquel que quiera salvar su vida (con detrimento de lo que él me debe) la perderá, y aquel que la pierda por mí y por el Evangelio la salvará. Y además, ¿de qué sirve al hombre el ganar el mundo entero, si pierde su alma?*»

Todo eso fué dicho aquel día en el camino de Cesárea, ciudad que ya no existe. De esa manera echaba Jesús su nuevo fuego sobre la tierra, formaba la educación de Pedro, la de los discípulos y la del mundo entero, ó, para hablar con más pro-

piedad, creaba una nueva humanidad, elevándola al heroísmo de virtudes antes desconocidas.

Había Jesús terminado su discurso anunciando que muchos de sus discípulos no morirían hasta que hubiesen visto el reino de Dios, y ocho días después fué cumplida esta promesa. Tomando Jesús consigo á Pedro, Santiago y Juan, les condujo solos y separadamente sobre una montaña, y allí se puso á orar; y mientras que estaba en la oración, se apareció transfigurado, de tal manera que su cara se puso resplandeciente como el sol, sus vestidos brillaban de una blancura como la nieve, y detrás de Él había dos hombres llenos de majestad, los cuales eran Moisés y Elías, y le hablaban sobre la muerte que Él debía sufrir en Jerusalén. Atónito y como fuera de sí, exclamó Pedro: «*Señor, es bueno que estemos aquí. Levantemos tres tiendas, una para Vos, otra para Moisés y otra para Elías.*» Mientras tanto los Apóstoles estaban turbados y sin saber explicar lo que sentían, bajo la impresión de una grande alegría mezclada de terror y temblor; y estando todavía hablando Pedro, sin percibirse bien las palabras que pronunciaba, se presenta una nube luminosa que cubrió á Moisés y á Elías, y salió de la nube una voz que decía: «*Este es mi Hijo muy amado en quien Yo tengo puestas mis complacencias; escuchadle.*» Y los Apóstoles, llenos de temor, cayeron sobre la tierra, y cuando, por mandato de Jesús, se levantaron, vieron que Él estaba solo y se había suspendido el celeste resplandor que sin cesar propendía á in-

vadir y penetrar su sagrada humanidad, porque ese estado glorioso era el propio y natural del Hijo único de Dios, por más que, en virtud de su infinito poder, hubiese encerrado en su interior tanta gloria y tanta claridad, á fin de poder padecer y de que el Hijo del Hombre permaneciese víctima para consumir la grandiosa obra de nuestra redención, porque es de advertir que el milagro no estaba en que la divinidad derramase rayos de luz y resplandor, sino en que la humanidad pudiese ocultarlos y, en cierta manera, absorberlos y neutralizarlos.

Pedro, Santiago y Juan, que presenciaron esa gloriosa transfiguración, fueron también los tres Apóstoles que Jesús tuvo cerca de sí para que fueran testigos de la resurrección de la hija de Jairo, y además se les verá todavía en un lugar separado en el jardín de las Olivas, cuando lleguen los momentos de la mortal angustia que hizo derramar al Salvador abundante sudor de sangre. No carecía de fundamento y de significación esa distinción con que se encuentran favorecidos esos tres Apóstoles, pues Pedro era el Pastor y Jefe supremo de la nueva alianza, Santiago debía ser, entre los demás Apóstoles, el que primero sufriera el martirio y derramara su sangre por Jesucristo, y Juan era la representación viva y perfecta de la inocencia y de las almas amantes de la virginidad que por doquiera siguen en pos del Cordero immaculado; además, los tres juntos, formando un número sagrado, ofrecían el tipo perfecto del sacerdocio que definitivamente y para siempre debía nacer al pié de la cruz.

pués de su pasión; y ese símbolo es tan antiguo como la misma Iglesia. Los dos peces significan los dos caracteres que tuvo Jesús, como víctima y como sacerdote, y ambos les tuvo juntos en la cruz. Así, los cinco panes de cebada como los siete de trigo, y lo mismo los ritos de la Ley antigua como los sacramentos de la Ley nueva, todos reciben su virtud y su eficacia para la salud de las almas del mérito infinito del sacrificio de la cruz.

No quiso Jesús por sí mismo crear de la nada, como hubiera podido hacerlo, ni los panes con que alimentó á la multitud, ni disponer que bajasen del cielo, como el maná, en cantidad suficiente, porque, en cuanto á lo primero, el pan había ya bajado y existía tal como Él quería darle á los hombres, pues era Él mismo; y, por otra parte, Él tenía poder para multiplicarlo, y lo multiplicaba por medio de un milagro tan grande como la creación, para indicar todavía que es Él, y que Él mismo es el que da su propia sustancia. Además, recibiendo Él los panes y los peces de las manos de sus discípulos, tuvo ocasión de darnos nuevas enseñanzas, porque así demuestra que asocia el hombre á su obra, como lo había hecho en innumerables ocasiones, singularmente en la institución del Apostolado; corrobora y confirma el ministerio de la Iglesia, y completa el símbolo que se dignó darnos y hacer más sensible y evidente la verdad para nuestra instrucción.

En las manos de los discípulos no tenían sabor los panes, y eran inútiles é insuficientes para el fin que había que llenar; pero

puestos en las manos de Dios, se multiplican con la bendición y adquieren una maravillosa virtud, y no sólo bastan para satisfacer los deseos del hombre, sino que, llenado ese objeto, todavía queda pan sobrante. De la misma manera el agua, el pan, el vino, el aceite, materias todas de los sacramentos, son inca-

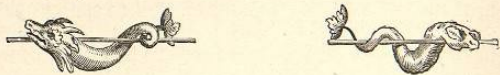


Lámina 61.—El pez asado, figura de Jesús crucificado.—Fresco de las Catacumbas, en el cementerio de la vía Ardeatina.

paces por sí mismas de causar ni producir efecto moral alguno; pero la bendición de Jesucristo las comunica la virtud de conferir la gracia, que alimenta y sacia el alma y la llena de fuerza y vida espiritual.

EL CIEGO DE BETSAIDA, CONFESIÓN DE PEDRO, EL TABOR

Los fariseos y los saduceos, aunque eran enemigos entre sí, se hallaban en perfecto acuerdo para hacer guerra á Jesús, siguiendo en esto la costumbre de los sectarios y de los incrédulos; y continuaban buscando los medios de conseguir que el pueblo le perdiese el respeto y la confianza que le tenía, á fin de llegar más fácil y prontamente á quitarle la libertad y la vida. Con ese fin fueron juntos adonde Él estaba y le pidieron otra vez un milagro del cielo, á lo que les contestó Jesús que ellos

sabían muy bien juzgar cuándo el cielo anunciaba tempestad ó buen tiempo, pero que su hipocresía les servía de impedimento para saber el tiempo en que vivían y para saber lo que era justo; y esto fué lo mismo que decirles que no querían saber ni ver que era ya llegada la venida del Mesías; y dando un gran suspiro, Jesús declaró de nuevo que aquella raza perversa no lograría otro prodigio que el de Jonás, Profeta, y seguidamente les dejó.

Se volvió Él á Betsaida, en donde curó á un ciego, con la circunstancia de que, en vez de haber sido instantánea la curación, la hizo paulatinamente y como por grados. Tomó Jesús por la mano al ciego, le llevó fuera de la aldea, le humedeció con saliva los ojos, le impuso sus sagradas manos y le preguntó si veía alguna cosa. El ciego contestó que veía á los hombres andar, que le parecían árboles. Entonces Jesús le puso nuevamente sus manos sobre los ojos, y al momento el ciego vió perfectamente y quedó curado; y Jesús le despidió para que se fuera á su casa.

Todas esas circunstancias son muy instructivas y altamente útiles para los encargados de anunciar la palabra divina y para los ministros del Evangelio. El Salvador, dice el venerable Beda, toma la mano del ciego á fin de hacerle apto y capaz de practicar algunas obras; le conduce fuera de la ciudad, porque el hombre separado del mundo y del ruido de los negocios seculares medita mejor y con mayor fruto la doctrina revelada, y también porque todo aquel que desee estar ilustrado y alumbrado